

COMENTARIO AL ESTUDIO DE HISTORIOGRAFÍA POLÍTICA DEL SIGLO XX

Malcolm Deas

St. Antony's College, Oxford

LA SUERTE DE MEDÓFILO MEDINA, quien ha tenido el deber de reseñar la historiografía política de Colombia en este siglo, no es envidiable. La vida no es justa. A él le ha tocado la tarea ingrata de ojear un panorama que da pocas ocasiones de satisfacción, y yo tengo la tarea mucho más fácil de criticar su ojeada.

En muchos puntos estoy de acuerdo con sus observaciones, y las críticas que siguen de ningún modo quieren poner en cuestión el interés y utilidad de su contribución. Pero interesarán más los puntos de discrepancia.

Sospecho que no estamos de acuerdo en qué consiste la historiografía política.

¿Es solamente lo que escriben los historiadores profesionales? En ese caso, la lista es cortísima en relación con lo que han producido sobre el siglo XX colombiano. Sugiero al lector, como ejercicio elemental, que repase mentalmente la sucesión de administraciones de estos noventa y más años. Sobre la mayoría de los períodos presidenciales no hay nada aún que esté cerca de ser un estudio histórico profesional.

¿La historiografía es lo que escriben quienes, sin ser historiadores profesionales o aun historiadores *amateur*, tratan de imponer cierta forma al pasado político, o al menos entenderlo, dos propósitos a veces bien distintos?

Si esto es así, entonces tenemos que incluir los que escriben memorias, los periodistas, cierto tipo de panfletario o polemista, y los historiadores dominados por su militancia (un historiador militante es a veces tan protagonista como un ex presidente que escribe sus memorias). No me

parece que este tipo de autor —salvo tal vez los militantes— haya llamado mucho la atención del autor de la ponencia.

¿Forman parte de la historiografía las compilaciones documentales? Con pocas excepciones, Medófilo Medina las ha excluido. Sin duda las hubiera incluido en cualquier trabajo sobre “fuentes para la historiografía política de Colombia en el siglo XX”. Tal vez no las incluye porque se siente demasiado cerca de la frontera de “fuentes”, pero ciertas recopilaciones sí me parecen intentos intelectuales de dar forma al pasado reciente, y otras son, para ciertos períodos, accesibles y de mayor utilidad que muchas publicaciones de las incluidas en su lista.

¿Dónde termina la historiografía política y dónde empieza la historiografía de la violencia? Un problema de frontera. Medófilo Medina lo reconoce, pero sus buenas maneras en este seminario le llevan a excluir demasiadas obras que pueden ser catalogadas como violencia.

En el fondo del ejercicio hay una pregunta sencilla: ¿qué tenemos a la mano, qué esfuerzos se han hecho para entender la historia política de este siglo?

Me parece que en su esbozo de respuesta, Medófilo Medina tiene cierto miedo a la literatura personal, las memorias, aun a las biografías.

No ha incluido en su borrador, por ejemplo —aunque sospecho que las incluirá en su versión final— las memorias de Carlos Lleras Restrepo, *Crónica de mi propia vida*, que ya han llegado al tomo XI. No es la primera vez frente a una audiencia de historiadores colombianos que he sentido el deber de señalar tan insólita omisión. Trato de explicarlo: puede ser que piensan que es una historia oficial, puede ser que no comparten los entusiasmos del autor por los vericuetos de la historia administrativa, o que no sospechan que la obra tiene, de vez en cuando, páginas de malicia y aun de humor. Puede ser que tienen miedo de XI tomos. Pero de todos modos es una obra imprescindible de un personaje de primera línea que debe figurar en cualquier reseña de la historiografía política de este siglo.

Insistir en señalar omisiones en un comentario como este, rápidamente llega a ser pretencioso y cansón, pero entre las memorias deben figurar *La danza de las sombras*, del boliviano Alcides Argüedas, con su relato del fin de la hegemonía conservadora, y los dos tomos de *El parlamento en pijama*, de Pedro Juan Navarro; entre las biografías, la de Quintín Lame, de Diego Castrillón Arboleda —en la parte política todavía no superada por estudiosos más profesionales— y la de Rojas Pinilla, de Alberto Donadío y Silvia Galvis.

Memorias y biografías a veces no caben fácilmente en las divisiones temáticas de los bibliógrafos. Por ejemplo, la obra de Ignacio Torres Giraldo, *Los inconformes*, es demasiado importante para ser confinada a un renglón "Terceras Fuerzas". Debe ser leída para muchísimos temas más.

Entre las compilaciones deben estar, para dar algunos ejemplos, la *Orientación republicana*, de Carlos E. Restrepo, la edición de las *Obras* de Marco Fidel Suárez, del Instituto Caro y Cuervo (mucho política en las notas al igual que en el texto), la obra periodística de Luis Eduardo Nieto Caballero publicada por el Banco Popular, los tres tomos de *La República Liberal*.

Me parece, entonces, que el profesor Medófilo Medina tiene demasiado respeto por lo académico en esta etapa del desarrollo historiográfico, y que hay fallas en el diseño de su red: algunos pescados grandes escapan, pero sólo los no-académicos. Ya he opinado que el historiador militante, aunque en cierto grado "académico", que pone notas a pie de página o trabaja en la Universidad, no se separa tan nítidamente de los protagonistas. Muchos de los autores académicos que menciona pusieron estrechos límites a su propia curiosidad, y no hubieran sido muy abiertos a la sugerencia de que deben intentar entender todos los lados de un conflicto, todos los aspectos de una coyuntura, que no se debe asumir de antemano quiénes son los héroes y quiénes los villanos...

¿Qué tal es esta historiografía?

El autor de la ponencia no quiere hacer un balance: "Aunque resulte inevitable la formulación de juicios de valor, no es ese el objetivo, como no lo es tampoco el establecimiento de un irritante quién es quién en la historiografía política. Se trata de ver las obras en las condiciones históricas en las cuales se originaron".

Pero el texto, aunque el autor anuncia su intención de no llenarlo con felicitaciones o condenas, sale sin embargo con cierto número de felicitaciones y condenas. Voy a señalar algunas, y discrepar de algunas, para animar el debate y para prolongar mi propio juicio sobre el estado de la historiografía política de este siglo.

Cita con aprobación, en la sección sobre historia constitucional, una caracterización de Carlos Restrepo Piedrahíta en su introducción a una edición reciente de la obra de Manuel Antonio Pombo y Joaquín Guerra, *Constituciones de Colombia*: "... un tipo de Estado cuya complejión se articula, sustenta y fortalece mediante la interdependencia y acción recí-

proca de tres módulos estructurales: centralización y política, ejecutivo monárquico pseudorepublicano y superestructura confesional”.

Además de ser poco claro en su expresión —¿cómo se articula una *compleción*, y cómo llega una *superestructura* a ser un *módulo estructural*?— me parece un ejemplo flagrante de ciertos vicios demasiado comunes: el hábito de emitir juicios olímpicos que no están basados en ninguna investigación, y la tendencia a pensar que se pueden deducir *a priori* prácticas políticas de los textos constitucionales o las leyes, si entiendo el sentido de ese *ejecutivo monárquico*.

En la práctica, no me parece que el ejecutivo colombiano sea muy monárquico, en ningún sentido de la palabra. Carlos Restrepo Piedrahíta no resiste la tentación de pegar sus etiquetas, ni esconde sus desaprobaciones.

Claro, es un *constitucionalista*, y tal vez así se procede en esa disciplina. No es un historiador. Pero nuestro ponente aprueba también su llamada de atención sobre una “cultura del autoritarismo” que, según él, “caracteriza no sólo a las instituciones sino a la psicología del pueblo colombiano”. En una frase preferida de Jaime Jaramillo Uribe, “eso sería muy interesante si se logra comprobar”. Suena como pura retórica, sin ningún valor histórico: no aporta nada serio a la historia política del país, y dudo mucho que nunca se logre comprobar.

Me parece el ponente sorprendentemente satisfecho con lo que se ha escrito sobre el rol de las Fuerzas Armadas en la historia política de este siglo. Sin negar que las obras que menciona tienen cierta utilidad, están muy lejos de formar un base completa o sólida. Algunos no son más que panfletos de combate. No tocan acontecimientos y áreas muy importantes de la actuación militar. No hay ningún estudio reciente del Golpe de Pasto, que por lo menos a este historiador le parece que tuvo muchas consecuencias. En general, las monografías sobre violencia no han investigado profundamente el rol de la fuerza pública. Hay cierta tendencia a insinuar que no hay misterio en eso. Pero, para dar no más que un ejemplo, ¿quién dio las órdenes de meter tanques por Villarrica, y por qué? ¿Fue sólo el ejército quien lo ideó? ¿O hubo otras influencias? ¿Lo sabemos? Creo que no. Tampoco los que han escrito sobre las Fuerzas Armadas son conscientes de su papel en la historia electoral, tema de una monografía a punto de aparecer, de Patricia Pinzón, donde pone sobre el tapete una pregunta fundamental y bien actual: ¿es posible la democracia sin las Fuerzas Armadas?

Noto una tendencia a pensar que con una monografía sobre un tema basta, que tal o cual tema ha sido cubierto porque hay un trabajo de fulano. Pocos fulanos son tan satisfactorios, en cualquier historiografía. Me parece cuestionable el uso de la frase "el mito de López", como si todo el mundo estuviera de acuerdo con que López fue "mito"...

No puedo ocultar el fastidio, que algunos juzgarán exagerado, que me causa la palabra *élite*, cuando es empleada por un historiador (yo la he empleado también, pero me arrepiento). Creo que debe ser una palabra para sociólogos. El historiador debe ser más descriptivo. Prefiero que cuando quiera decir comerciante diga comerciante, cuando quiera decir político, diga político...

Élite me parece una pequeña palabra, pero dentro caben tantos prejuicios, como griegos dentro del Caballo de Troya. Es una palabra también aglomerante, no separadora, discriminadora.

Me trae a la memoria la respuesta de Cara-de-Tigre, famoso lotero de la Carrera Séptima y proveedor de *vox populi* a los periodistas de *El Tiempo*. Cuando le pidieron su opinión sobre la Guerra de los Seis Días entre los egipcios y los israelíes, contestó: "No me importa, pues ambos son polacos". Cierta tipo de historiador tiene una respuesta similar frente a las élites (en plural) de este país.

Lamento decir que la historiografía política colombiana de este siglo sigue siendo muy deficiente. Sin duda hay buenas razones históricas que expliquen esta debilidad, pero de todos modos me parece saludable reconocerlo.

Mucho, debemos reconocerlo, no está escrito por historiadores. Hay obras importantes productos de la ciencia política, de los politólogos. Medófilo Medina menciona algunas, aunque me sorprende que no mencione una de las mejores, *Elecciones y partidos en Colombia*, de Mario Latorre. A la mayoría de sus autores les interesa poco el pasado histórico de sus temas. Sus obras pueden servir a futuros historiadores, pero no son historia. Para ilustrar este argumento, señalo el libro reciente, por lo demás valioso, de Francisco Leal y Andrés Dávila, *Clientelismo*. La parte histórica de su sección santandereana pinta una política local "tradicional", que sospecho únicamente ha existido en la mente de los autores. Por lo menos, no ofrecen ninguna documentación o evidencia en apoyo de esa parte —y repito, no es una parte central— de su tesis.

Es necesario señalar lo mismo de los sociólogos: sus intereses no necesariamente coinciden con los de un historiador. Acá viene a la mente gran parte de la obra de Daniel Pécaut.

Mucha historia política está escrita por militantes. Es un punto tan obvio que casi molesta anotarlos, pero no sería tan difícil clasificar la mayor parte de la bibliografía de la ponencia entre liberal, conservador e izquierda, hecho que en sí indica su debilidad. La militancia generalmente limita la curiosidad: el autor tiene ya sus conclusiones antes de empezar su trabajo, y únicamente busca vestirlas con el ropaje mínimo de citas y evidencias. No está motivado por un primordial afán de conocer y analizar lo que pasó.

Tal vez un rasgo de militancia en la ponencia es el hecho de que el autor mencione la importancia de las influencias externas, pero no destaque sino la influencia de los Estados Unidos. La izquierda colombiana es una antología, bastante completa, de otras influencias de izquierda —rusas, cubanas, chinas, francesas, aun inglesas—. Esto para señalar la complejidad del tema en años recientes. Son muchas las influencias externas en años más tempranos, que ya casi nadie recuerda; por ejemplo, las influencias italianas y peruanas en la carrera de Jorge Eliécer Gaitán.

En contraste con la presencia de esas influencias externas, quiero llamar la atención sobre la relativa ausencia de interrupción o de intromisión externa en la política colombiana. En dos momentos de este siglo las relaciones externas llegaron a tener una influencia decisiva en el comportamiento de la política interna: la pérdida de Panamá y la guerra con el Perú. En ambas ocasiones el efecto fue disminuir el conflicto interno. ¿Una razón oculta para la conflictividad colombiana será esa ausencia de peligro externo? Da para pensar.

No envidiable, dije, fue la tarea de hojear y resumir la historiografía política colombiana del siglo XX. No he podido evitar mi opinión, lo cual no está bien. Envidiable es la abundancia de temas que llaman a la exploración, y una coyuntura que me parece propicia para nuevas exploraciones. Suena vulgarmente hegeliano, pero tal vez se puede pensar en una síntesis entre una historia tradicional con todos sus defectos, pero también a veces con su cuidado por lo nacional, por el detalle y la complejidad, y el marxismo demasiado acartonado y dogmático de tiempos recientes, pero que insiste en la seriedad de la investigación.